

ciones y de mis catálogos, acaso escribiré también esta poesía de la soledad y de la oración!—Me separé de él con sentimiento y deseo de volverle á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el carácter, toda la gravedad que pueden esperarse de semejante monumento en semejante sitio,—grandeza, nobleza, riqueza; las llaves de Ródas, que se llevaron los caballeros, después de su derrota están suspendidas á ambos lados del altar, símbolo de eterno sentimiento ó de esperanzas para siempre defraudadas. Bóveda soberbia, pintada toda por el Calabrés;—obra digna de Roma moderna en sus mejores tiempos de la pintura.

Un solo cuadro me sorprende en la capilla de la Elección;—es de Miguel Ángel de Caravaggio, á quien los caballeros de su época llamaron á la isla para que pintara la bóveda de San Juan. Empeñóla en efecto, pero pudieron más la violencia y la irascibilidad de su áspera condición;—tuvo miedo de una larga obra y se fué,—dejando en Malta su obra maestra, la Degollación de San Juan Bautista. Si nuestros pintores modernos que buscan el romanticismo por sistema en vez de hallarle por naturaleza, viesen este magnífico cuadro, conocerían que su soñada invención se inventó mucho antes que ellos nacieran.—Hé ahí el fruto nacido en el árbol, y no el fruto artificial moldeado en cera y pintados con falsos colores:—acti-

tudes pintorescas, energía, profundidad de sentimiento, verdad y dignidad reunidas;—vigor de contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza juntamente, tal es el cuadro.—Es uno de los más bellos que he visto en mi vida.—Es el cuadro que buscan los pintores de la escuela actual.—No busquen más; ya está hallado.—Nada hay nuevo en la naturaleza ni en las artes;—todo lo que se hace ha sido ya hecho;—todo lo que se piensa, ya lo han pensado otros.—Todo siglo es plagario de otro siglo, porque todos, todos sin excepción, artistas ó pensadores, percederos y fugitivos, copiamos de diferentes maneras un modelo inmutable y eterno, la naturaleza,—ese pensamiento uno y diverso del Criador! . . .

23 de Julio, 1832.

Desde lo alto del observatorio que señorea el palacio del Gran Maestro,—vista general de las ciudades, puertos y campos de Malta;—tierras pedregadas, sin forma, sin colores, áridas como el desierto;—ciudad semejante á una concha de tortuga encallada en la peña;—parece que ha sido labrada en un solo pedazo de roca viva;—escenas de azoteas al anochecer;—mujeres sentadas en esas azoteas.—Así vió David á Betsabé,—nada más gra-

cioso ni mas seductor que esas figuras blancas ó negras, semejantes á sombras, apareciendo así á los rayos de la luna sobre los techos de esa muchedumbre de casas.—A las mugeres no se las ve sino allí, en la iglesia, ó en los balcones: todo lenguaje está en los ojos; todo amor es un largo misterio que no alteran las palabras:—así se enlaza y se desenlaza sin palabras un largo drama.— Ese silencio, esas apariciones á ciertas horas, esos encuentros en los mismos sitios, esas intimidades á distancia, esas espresiones mudas, son acaso el primero y el mas divino lenguaje del amor, ese sentimiento superior á las palabras, y que, como la música, espresa en una lengua aparte lo que ninguna lengua puede espresar.

Estos aspectos, estos pensamientos rejuvenecen el alma; ellos hacen conocer el único encanto inagotable que Dios ha derramado sobre la tierra, y lamentar que sean tan rápidas y varias las horas de la vida. Dos solos sentimientos le bastarian al hombre, aún cuando alcanzase la edad de esas peñas del mar,—la contemplacion de Dios y el amor.—El amor y la religion son los dos pensamientos, ó mas bien, el pensamiento uno de los pueblos del mediodia;—así es que no buscan otra cosa: eso les basta.—Nosotros los compadecemos, cuando deberiamos envidiarlos.—¿Qué hay de comun entre nuestras pasiones facticias, entre la tu-

multuosa agitacion de nuestros vanos pensamientos, y esos dos solos pensamientos verdaderos que ocupan la vida de esos hijos del sol:—la religion y el amor,—una encantando lo presente, otra encantando el porvenir? Así es que siempre he admirado, á pesar de las preocupaciones contrarias, la serenidad profunda y rara vez turbada de las fisonomías meridionales,—y esa espresion de sosiego, de calma, de felicidad estampada en los hábitos y en los semblantes de esa muchedumbre silenciosa que respira, vive, ama y canta. . . . ¡El canto! esa superabundancia de la ventura y de las impresiones en una alma demasiado llena! En Roma, en Nápoles, en Génova, en Malta, en Sicilia, en Grecia, en Jonia, se canta en las playas, sobre las olas, sobre las azoteas; no se oye mas que el lento recitativo del pescador, del marinero, del zagal, ó los vagos zumbidos de la guitarra en las noches serenas.—Esa es la felicidad, dígase lo que se quiera.—Son esclavos, dirán algunos. ¿Y qué saben ellos? ¡Esclavitud ó libertad! ¡Desgracia ó felicidad de convencion! La desgracia ó la felicidad verdadera están mas cerca de nosotros. ¿Qué les importa á esas pacíficas muchedumbres que respiran la brisa del mar ó se tienden bajo los tibios rayos del sol de Sicilia, de Malta ó del Bósforo, que les haga la ley un sacerdote, un bajá ó un parlamento? ¿Altera eso en algo sus relaciones con la naturaleza, las únicas que los ocupan? No,

seguramente: toda sociedad libre ó absoluta se resuelve siempre en servidumbres mas ó ménos sentidas.—Nosotros somos esclavos de las leyes variables y caprichosas que nos hacemos, y ellos lo son de la ley inmutable de la fuerza que les hace Dios;—todo esto, para la felicidad ó la desgracia, se reduce á lo mismo;—para la dignidad humana y para el progreso de la inteligencia y de la moral del hombre,—no,—no; y todavía seria preciso examinar bien la cuestion ántes de pronunciar este no.—Tomemos á la ventura cien hombres entre esos pueblos esclavos, y ciento entre nuestros pueblos llamados libres, y cotejemos.—¿Dónde se hallan mas ó ménos moral y virtudes?—Bien lo sé, pero tiemblo de decirlo.—Si alguno leyese esto despues de mí, me acusaria de parcialidad hácia el despotismo ó de desprecio á la libertad.—¡Y se engañaria!—Yo amo la libertad como un esfuerzo difícil y ennoblecedor para la humanidad,—como amo la virtud por su mérito y no por su recompensa; pero se trata de felicidad, y en filosofía examino y digo como Montaigne:—*¿Qué sé yo?* La verdad es que nuestras cuestiones políticas, tan capitales en nuestros liceos, ó en nuestros cafés, ó en nuestros clubs, son muy pequeñas vistas de lejos, en medio del océano desde la cima de los Alpes, á la altura de la contemplacion filosófica y religiosa.—Esas cuestiones no interesan mas que á algunos hombres que tienen pan y tiempo de so-

bra:—la multitud no tiene que ver mas que con la naturaleza:—una buena, hermosa y divina religion, esta es la política al uso de las masas. Este principio de vida falta á la nuestra, y he aquí por que tropezamos, caemos, volvemos á caer, no vamos adelante;—el aliento de vida nos falta; creamos formas y el alma no baja á ellas.—¡Oh Dios mio! volvednos vuestro aliento, ó perecemos.

Malta, 28, 29 y 30 de Julio, 1832.

Residencia forzada én Malta á causa de una indisposicion de Julia. Se restablece, y nos decidimos á ir á Esmirna, pasando por Aténas: allí estableceré á mi muger y á mi hija, è iré solo, cruzando el Asia Menor, á visitar las demas partes del Oriente. Levantamos el ancla, y ya vamos á salir del puerto cuando llega una vela del Archipiélago y anuncia la captura de varios buques por los piratas griegos y la matanza de las tripulaciones. El cónsul de Francia, M. Miége, nos aconseja que aguardemos dias; el capitan Lyons, de la fragata inglesa *Madagascar*, nos ofrece escoltar nuestro bergantin hasta Nauplia, en Morea, y aún llevarnos á remolque si no puede el bergantin seguir á la fragata, y como acompaña esta oferta con todas las atenciones que pueden realzar su va-

lor, aceptamos, y partimos el miércoles 1.º de agosto á las ocho de la mañana. Apenas salimos á alta mar, el capitan, cuyo buque vuela y nos deja muy atras, hace cargar las velas y nos aguarda;—nos tira al mar un barril al que está atado un cable; pescamos el barril y el cable, y seguimos, como un caballo de mano, la flotante mole que hiende las olas y parece que no se apercibe de nuestro peso.

Yo no conocia al capitan Lyons, comandante hace seis años de uno de los buques del apostadero inglés del Levante; él no me conocia á mí, ni aun de nombre; no me hallè con él en casa alguna en Malta, porque estaba haciendo cuarentena, y sin embargo, he aquí un oficial de otra nacion, de una nacion muchas veces rival y hostil que, à la primera señal nuestra consiente en retrasar su marcha dos ó tres dias, en someter su buque y su tripulacion à una faena muy peligrosa (el remolque), à oir acaso al rededor de sí á los marineros de su bordo murmurar de semejante condescendencia con un frances desconocido,—todo por solo un sentimiento de nobleza de alma y de simpatía por las inquietudes de una señora y los padecimientos de una niña.—Tal es el oficial inglés en toda su generosidad; tal es el hombre en toda la dignidad de su carácter y de su mision.—Jamás olvidaré ni la accion ni el hombre.—El hombre que viene à veces á nuestro bordo á informarse de nuestra sa-

lud y á reiterarnos las protestas del placer que experimenta en protegernos, me parece uno de los mas leales y francos que he conocido en mi vida.—Nada en él recuerda esa supuesta aspereza del marino; pero la firmeza del hombre, acostumbrado á luchar con el mas terrible de los elementos, se mezcla admirablemente en su rostro todavía juvenil y agraciado, con la dulzura del alma, la elevacion de los pensamientos y la amabilidad del carácter.

Despues de haber llegado desconocidos á Malta, no sin sentimiento vemos sus blancas paredes hundirse á lo léjos bajo las olas.—Esas casas, que, hace pocos dias, mirábamos con indiferencia, tienen ahora una fisonomía y un lenguaje para nosotros.—Conocemos á los que las habitan, y muchas miradas benévolas siguen desde lo alto de sus azoteas las lejanas velas de nuestros dos buques.

Los ingleses son un gran pueblo moral y político,—pero en general, no son un pueblo sociable.—Concentrados en la santa y dulce intimidad del hogar doméstico, cuando salen de él, lo que los conduce no es el placer, ni la necesidad de comunicar su alma ó de derramar su simpatía, sino el uso ó la vanidad.—La vanidad es el alma de toda la sociedad inglesa;—ella la que ha creado esas gerarquías de clases, títulos, dignidades y riquezas, que son lo único porque se diferencian los hombres, y que han hecho una abstraccion completa del hom-

bre para no considerar mas que el nombre, el vestido, la forma social.—¿Son diferentes en sus colonias? Me inclinaria á creerlo en vista de lo que hemos experimentado en Malta.—Desde el momento en que llegamos á este punto, recibimos de todo lo que compone esa hermosa colonia las muestras de-sinteresadas y cordiales de interes y benevolencia.—Nuestra residencia no ha sido mas que una continua y brillante hospitalidad.—Sir Federico Ponsonby y lady Emilia Ponsonby, su esposa, pareja digna de representar en todas partes, uno la virtud y noble sencillez de los grandes señores ingleses, la otra la dulce y graciosa modestia de las señoras de alta cuna en su patria.—La familia de Sir Federico Hankey, M. y madama Nugent, M. Greig, M. Freyre, antiguo embajador en España, nos han recibido menos como á viageros que como amigos. Ocho dias los hemos visto y acaso no los volverémos à ver, pero llevamos de su amabilísima cordialidad una impresion que alcanza hasta el fondo del pecho. Malta ha sido para nosotros una colonia de la hospitalidad,—un no sé qué de caballeresco y de hospitalario, que recuerda sus antiguos poseedores, que se encuentran en sus palacios, poseidos ahora por una nacion digna del alto puesto que ocupa en la civilizacion. Se puede no amar á los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

El gobierno de Malta es duro y estrecho; no es

digno de los ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres, los ciudadanos y los libertos.

El gobierno provincial y los parlamentos locales se asociarian fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre patria. Los gérmenes de libertad y de nacionalidad, respetados en los pueblos sometidos, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza, de dignidad para la humanidad entera. La sombra del pabellon inglés no deberia cubrir mas que hombres libres.

1 de Agosto, á las 12 de la noche.

Despues de haber partido esta mañaua con una mar picada, un calmazo absoluto nos ha sorprendido á doce leguas de la costa, y todavía dura: ningun viento en el cielo, salvo algunas brisas perdidas que vienen de cuando en cuando á arremolinar las velas de los dos buques, y que les hacen espedir una palpitation sonora, un latido irregular, semejante al convulsivo batir de las alas de un pájaro que se muere; el mar está liso y terso como la hoja de un sable; ni una arruga riza su superficie, pero de trecho en trecho, y á grandes distancias se advierten anchas ondulaciones cilíndricas que se deslizan bajo el buque y le bambolean como un terre-